

París/Madrid, 30 junio de 2.001

**CARTA-CIRCULAR A MIS QUERIDOS CONSOCIOS LOS
MIEMBROS DE LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE EN EL
MUNDO**

Queridos amigos y consocios:

La vocación de servicio a los pobres, en la verdadera comunidad de oración y acción que debe ser cada Conferencia, no esta circunscrita solo a la vida de nuestro propio grupo vicentino. Cuando llegamos a la Conferencia por primera vez, seguramente alguno de los consocios más antiguos de la Conferencia, nos contó como con nuestra entrada en ella, pasábamos a formar parte de la fraternidad de una gran institución caracterizada por los vínculos de amistad y hermanamiento entre los consocios y que se extendía por más de ciento treinta países y a la que pertenecían centenares de miles de personas. De hombres y mujeres como cualesquiera otros: simples cristianos laicos, humildes, trabajadores muchas veces sin mas medios que la oración y la entrega generosa, persona a persona. Entrega desinteresada desde planteamientos únicamente humanos y profundamente interesada en cuanto a participar del dolor de los otros. Entre todos, nos diría nuestro querido y viejo consocio, conformamos una de las Instituciones católicas más importantes del mundo.

La importancia adquirida por las Conferencias en el universo católico, mas que un honor, como por otra parte sin duda lo es, debe ser para nosotros un acicate que nos obligue a estar muy atentos a las necesidades de esa Iglesia de los pobres a la que queremos servir¹. Efectivamente, siendo fundamental nuestro sentido de pertenencia a la Santa Iglesia de los pobres, hemos de tener muy claro que significa y como vivirlo. Puede ayudar el recordar las siguientes y sencillas reglas que nuestra tradición nos ha dejado:

- * Los vicentinos oran y meditan la Palabra de Dios en la comunidad cristiana de la Conferencia, siendo su primera preocupación² la activa unión en amor y amistad, con sus compañeros de grupo.
- * Los vicentinos participan del dolor y la necesidad de los pobres, individual y comunitariamente, poniendo su oración, trabajo, imaginación y sus sueños al servicio de encontrar caminos que acaben con su sufrimiento. Laborando activamente en todos los campos sociales posibles, sin olvidar primero el reconfortar al ser humano individual que sufre.
- * Los vicentinos no juzgan: están disponibles siempre³.
- * Los vicentinos, responden a sus promesas bautismales, peculiarmente, en su entrega a los pobres.

- * Los vicentinos, aman profundamente a la Santa Iglesia de Cristo⁴.
- * Los vicentinos, sienten constantemente la preocupación por la formación que les capacite para un mejor servicio a Cristo en los pobres a la comunidad cristiana y a la Santa Iglesia⁵
- * Los vicentinos, son conscientes de su responsabilidad en la extensión de la Buena Nueva y del deber de hacerlo enseñando con el testimonio de la propia vida. Siendo alegres testigos de esperanza^{6 7}.
- * Los vicentinos, gozando y enseñoreando la tierra en la que cada uno nació, trabajan y se sienten ciudadanos del mundo y hermanos de todo el genero humano⁸.
- * Los vicentinos, potencian el trabajo en común. Potencian su unidad comunitaria. De ahí que su entrega a los más pobres, la realicen siempre en pareja de consocios que trabajan íntimamente unidos⁹.

Todas estas exigencias, resumidas de nuestra más querida tradición, deben hacernos reflexionar sobre lo que para cada uno de nosotros significa nuestra pertenencia a las Conferencias. Efectivamente, con demasiada frecuencia, caemos en la conformidad, en la rutina. En la tranquilidad de nuestra semanal actuación, que si hace mucho bien a las personas con las que nos encontramos, acaba con la inquietud de examinar continuamente a nuestro alrededor, las nuevas causas de sufrimiento que van apareciendo. Esta cierta conformidad rutinaria que se observa en algunas de nuestras Conferencias, termina ajando, envejeciendo y haciendo poco atractivo para los que nos observan desde fuera de la Sociedad, el propio mensaje que tenemos obligación grave de transmitir. Se encuentra con frecuencia este defecto, fundamentalmente, en muchas de nuestras Conferencias del llamado primer mundo de las que recibimos también, su lamento por no contar con nuevos consocios en ellas. Han de preguntarse esos queridos consocios: ¿atendemos las necesidades que hoy desbordan e interesan al mundo en el que trabajamos y al que queremos servir?¹⁰. ¿Empleamos el lenguaje, adecuado?. ¿Utilizamos modos y medios apropiados para nuestro tiempo?. Seguramente, un sereno examen, les hará variar su forma de trabajar, de percibir la realidad y, con ello, conseguirán el concurso de nuevos consocios.

Una de las obligaciones más graves de cada uno de nuestros grupos, es examinar cuales son las circunstancias que concurren alrededor del espacio y del tiempo en el que están trabajando¹¹. Las prisas, la falta de examen frecuente de nuestra actividad, son quizás el mayor enemigo en la vida de los consocios y de las Conferencias. La actividad por los más necesitados a los que atendemos, no puede dejarnos sin tiempo para la reflexión. Para al examen sereno de nuestra actividad.

Entiendo que sería francamente muy bueno y que las consecuencias se notarían rápidamente en la vida de la Conferencia, si al menos una vez al

trimestre, dejáramos una sesión de la Conferencia, para examinar nuestro camino y la capacidad en la que nos encontramos no solamente para atender a las pobrezas que surgen y son detectables a nuestro alrededor: también para descubrir nuevas causas de sufrimiento y ver, con claridad, si estamos preparados para recibir a nuevos consocios entre nosotros¹². Esto es: si somos atractivos en nuestros procedimientos y en la imagen que perciben los extraños de nuestro grupo, como para que se sientan atraídos y en la necesidad de incorporarse a nuestra peculiar forma de ocuparnos del sufrimiento de nuestros hermanos. De unirse a nuestra comunidad cristiana de oración y acción. Tengo en ocasiones la impresión, que falta la ilusión que regala la fe, por falsa vergüenza en la transmisión a los otros, de lo que hacemos y de los beneficios que obtenemos¹³.

Llegados a este punto y aunque más tarde volveré sobre este tema, el de como acoger a nuevos consocios, es bueno recordar nuestra obligación de atraer nuevos miembros a nuestros fraternos grupos y por dos razones fundamentales. La primera, y sin que el orden establezca prelación de ninguna clase, ambas son iguales de importantes, la primera repito: por encontrar mas fuerzas para atender a nuestros amigos en necesidad¹⁴. Para poder seguir creciendo en la atención a todas las necesidades que surgen a nuestro alrededor. En segundo lugar, por exigencia apostólica. Por el bien que cada uno de los nuevos consocios, encontrarán en nuestra fraternidad vicentina. La misma que un día encontramos cada uno de nosotros al llegar a la Conferencia de la que tanto bien hemos recibido. Creo poder afirmar sin ningún genero de duda, que la Conferencia que no crece cada año, ha perdido la capacidad de enamorar, de convencer. Ha dejado de ser atractiva y, esta perdida, supone que se aleja del ideal de nuestros grupos que: por su tolerancia, frescura, libertad, amistad, capacidad de entrega, etc., deben ser siempre atractivos para los que nos observan desde fuera.

Por todo lo anterior, parece esta buena ocasión, para repasar en la intimidad de nuestros grupos, con cada uno de ustedes y con la modesta ayuda que pretenden dar las líneas que seguirán, reflexionar sobre lo que debe ser la reunión de una Conferencia, cuales los modos peculiares vicentinos que, en nuestras reuniones, la experiencia de tantos años de vida ha demostrado contribuyen al fin último de nuestra asociación fraterna que, no debemos olvidar, es ante todo recorrer unidos el camino de perfeccionamiento que ha de llevarnos a la Casa del Padre¹⁵.

Porque en primer lugar, recordemos que las Conferencias se crean: *para contribuir a la profundización en la fe de sus miembros*¹⁶. La ayuda a los necesitados, alimentará la espiritualidad vivida en el seno de la Conferencia, a cuyo calor, a su vez, el impulso caritativo, el amor al prójimo, es capaz de existir y alentar¹⁷. De alcanzar las más altas cotas de entrega a los que sufren, si somos capaces de permanecer unidos y en comunión con el Divino Maestro. Es pues, la reunión de Conferencia, lugar al que vamos a profundizar en nuestra fe, potenciar nuestra esperanza y entregarnos en caridad, en amor.

Recordados estos principios fundamentales de nuestra filosofía vicentina, llega el momento de repasar y comentar los distintos momentos de una reunión de Conferencia, lo que intentaré hacer al mismo ritmo al que habitualmente se suceden.

Estas generalidades, en la mayoría de las ocasiones no valoradas en su justa importancia, contribuyen en no poca medida, a crear el clima adecuado que debe presidir la reunión de la Conferencia.

La periodicidad es fundamental para conservar y desarrollar una amistad cada vez mas profunda e íntima entre los consocios. Pero también lo es para que nuestra ayuda a los que sufren, sea todo lo eficiente que la necesidad exija. Debemos siempre tener muy presente que, nuestro esfuerzo es urgente, pues se dirige a favor de personas y a personas que sufren. Desde la fundación de nuestras Conferencias, se estima que el período óptimo de nuestros encuentros, es el semanal. Acortar la frecuencia de los mismos es muchas veces imposible y fijarlos quincenalmente, parece demasiado tiempo para prestar el servicio adecuado.

El local de la reunión, que evidentemente no debe ser sitio lujoso, será lugar decoroso, a poder ser ubicado en la misma zona en la que se actúe, que sea conocido por los amigos en necesidad y por los distintos agentes religiosos y sociales que actúen en ella, con los que se deberá estar en permanente contacto de disponibilidad y plena colaboración en el servicio a los que lo necesitan. Será un sitio, si nuestros modestos medios nos lo permiten, en el que sea agradable permanecer. Ni helador en invierno, ni agobiante en verano. Un espacio físico, en el que procuremos sentirnos a gusto y lo incorporemos a nuestro universo espacial.

Tradicionalmente, las Conferencias han permanecidos muy unidas y trabajando en locales parroquiales de las zonas en las que ejercían su actividad, Es muy aconsejable que sea así, pues será más fácil integrarnos y colaborar en la pastoral parroquial y diocesana. Sin embargo, cuando ello no es posible por las diferentes circunstancias adversas que pueden concurrir, nuestros grupos deben habilitar para sus reuniones otros sitios y sacarles el máximo partido posible. No solo deben estar nuestros fondos al servicio de los pobres, también todo aquello con lo que contemos y que pueda ser destinado a servicios a ellos por pequeños que estos sean.

También es muy conveniente y la experiencia de muchos lugares lo aconseja, procurar una relación frecuente entre los consocios al margen de la reunión estrictamente vicentina¹⁸. Las diversiones comunes, la vida social, etc. ayudan en la mayoría de los casos a sentirse miembro de una comunidad que informa plenamente nuestra vida y no solo el rato de la reunión semanal¹⁹.

La puntualidad es regla básica en toda comunidad social. Es muy importante que cada consocio, acuda con algunos minutos de antelación a la hora de la reunión, para poder comenzarla puntualmente. Se evitaren distracciones para los ya reunidos, ante la entrada de los rezagados. Es

quizás, el primer acto de amor, de entrega, que nos solicitan el resto de nuestros consocios.

Pasemos ahora a contemplar la reunión propiamente dicha. La reunión comienza con la oración de apertura que realiza el Presidente. Debemos ponernos todos en actitud de diálogo. En definitiva, eso es la oración. Solicitemos con seriedad, pensando en lo que hacemos, la ayuda del Espíritu. La comunidad está reunida. Abramos el corazón al Padre y a nuestros hermanos. Creo que es el momento de mayor importancia de la reunión, pues prepara para lo que ha de venir después. Nos prepara para aceptar ser instrumentos. No la realicemos mecánicamente²⁰.

Debemos entender con la mayor seriedad, que nos estamos sintiendo como grupo, comunitariamente, en presencia de Dios y para actuar en Su nombre y en Su presencia. El espíritu con el que realicemos esta primera oración, repito, ha de influir en la percepción con la que recibamos los diferentes asuntos a lo largo de toda la reunión.

La lectura y meditación que sigue, debe de hacerse sobre un texto que potencie nuestra vida cristiana y eclesial, el carisma seglar y vicenciano y la profundización en el amor. También de textos que interpelen nuestra actuación. Que nos recuerden la obligación de mantenernos alerta ante la aparición de nuevas formas de sufrimiento a las que tenemos la obligación de reaccionar y combatir²¹. De recordarnos que nuestro esfuerzo, debe ir encaminado a ayudar a superar la situación en la que se encuentran nuestros amigos en necesidad. No simplemente a atender a los efectos: también a buscar las causas. No es el momento para que el Secretario vaya redactando el acta o el Tesorero las cuentas. Es el momento central de la reunión. Hay que unir el alma directamente al oído. Como recomendación, es conveniente que distintos consocios se ocupen cada semana de buscar material para la lectura-meditación y no solo el asesor espiritual y que esta, no supere los diez minutos. Después, unos instantes de silencio, ayudaran a interiorizar lo escuchado.

Ya hemos asimilado lo oído. Alguna cosa nos ha dicho el texto en lo mas profundo de cada uno de nosotros. Ahora se trata de poner en común, de enriquecernos, con los comentarios de los consocios. Deben ser diez o quince minutos plenos de intercambios de puntos de vista y de enriquecimiento espiritual y también intelectual.

En esta puesta en común, es fundamental el asesor o asesora religiosa. Con su saber estar, con su caridad, nos enseñará no buscando ningún tipo de protagonismo. Centrándose en las discusiones, corregirá allí donde hubiera necesidad de hacerlo y mantendrá con ayuda de todos, el cuidado de la fe y la doctrina. De no existir asesor religioso, deberá ser misión del Presidente de la Conferencia o de algún consocio especialmente preparado para ello.

Posteriormente, llegamos a la lectura del acta de la sesión anterior y a la de las cuentas de tesorería que, previamente realizadas, han traído el

Secretario y Tesorero respectivamente. Ambas, serán aprobadas con los matices que correspondan, por los miembros de la Conferencia.

Llega el momento de comentar la situación de nuestros hermanos necesitados a los que prestamos ayuda. Las parejas encargadas, irán exponiendo la situación que atraviesa cada uno, la carencia mas urgente y el modo de solucionarla. Oigamos la opinión del resto de nuestros consocios en unos comentarios presididos siempre por la caridad. Ellos, ayudaran con su consejo a encontrar la mejor respuesta. Es muy conveniente que esta parte de la reunión, se siga con gran interés por parte de todos los consocios. La experiencia de cada uno, sin duda puede servir a los otros.

Cada semana, encarguemos especialmente a una pareja que exponga con todo detalle, las circunstancias por las que atraviesa una determinada familia o la obra a ellos encomendada. Su historia, sus carencias, defectos y virtudes, etc, para saber como potenciar los unos y aminorar los otros. Para servir mejor en definitiva. De esta forma, toda la Conferencia, estará al corriente de las situaciones a las que ampara y será fácil continuar la labor emprendida cuando algún consocio falte por cualquier circunstancia. Muchas Conferencias, cambian frecuentemente los componentes de las parejas de visitadores y de las familias u obras que de algún modo tutelan. Suele dar muy buen resultado, pues así se consiguen distintos criterios que ayudan a lograr un mejor servicio.

No olvidemos a los que están lejos y no los vemos con los ojos pero a los que tenemos la obligación de percibir con el alma. Los pobres existen en todas partes y en todas las sociedades por muy ricas que parezcan. Cuando no vemos pobres economicamente hablando a nuestro alrededor, cuando estemos atendiendo a pobrezas de otro tipo: morales, de enfermedad, etc., recordemos que en otras ciudades, en otras naciones, otros consocios como nosotros, pasan por la angustia de no poder atender a tantas necesidades que, con una pequeña parte de los recursos de Conferencias de otras latitudes, quedarían plenamente cubiertas. Hagámoslas llegar. Sin cicaterias. Sabiendo que serán bien administradas por otros vicentinos iguales a nosotros. Abramos nuestra alma al mundo. Globalicemos nuestra mirada. Superemos la pequeñez de nuestro mundo inmediato, siendo conscientes de que Cristo nos ha querido universales. Incorporemos poco a poco, nuestro sentido de pertenencia a una Sociedad de San Vicente de Paúl, que es universal.

Tampoco olvidemos a los consocios que dejan de asistir a la reunión de la Conferencia: ¿estarán enfermos?, ¿les habremos defraudado de alguna manera?, ¿estarán pasando alguna dificultad?. ¿Cómo si pretendemos ocuparnos de los demás, de los ajenos a la comunidad de la Conferencia, vamos a olvidar a los más próximos?.

Una magnifica costumbre, desgraciadamente un tanto perdida, es la de presentación previa de los candidatos, futuros consocios, a trabajar a nuestro lado.

Es conveniente que el consocio que trae un nuevo miembro, exponga en una reunión su deseo de invitar a aquel a formar parte de la Conferencia. Informará a sus hermanos, sobre las circunstancias personales del mismo, de los motivos que impulsan su deseo de incorporarse a la Conferencia y fundamentalmente, de como puede la Conferencia ayudarle en su proceso de vida.

Es importante que calibremos nuestras fuerzas. Que nos examinemos si somos capaces de recibir al nuevo consocio al que deberemos prestar una atención preferente y singular siempre, pero especialmente hasta que logre su acomodo entre nosotros. Que nos atrevamos a crecer y a asumir el riesgo que siempre conlleva. Pediremos ayuda al Espíritu y tomaremos el correspondiente acuerdo que figurará en acta. Daremos la bienvenida al nuevo hermano, en la siguiente reunión, conscientes del reto que asumimos: el de crecer, que es siempre subir un peldaño en el camino de perfección al que nuestro Padre nos tiene llamados²².

Viene después la colecta. ¿La hora del dinero?. No. La hora de compartir, de renunciar²³. No solo de estar dispuestos a dar de lo que sobra. De prescindir de aquello que nos duele en nuestro deseo de poseer. De compartir lo nuestro con un hermano que sufre, que lo necesita con urgencia. No se dice si mas o menos que nosotros: sino "con urgencia". La reunión nos ha ido "caldeando". Hemos participado de los problemas de los demás. Los hemos hecho nuestros. Ahora, en secreta colecta, intentemos aportar los medios necesarios para que algunos de nuestros hermanos en necesidad, sufran menos.

Al finalizar la reunión, demos gracias a Dios con las oraciones finales. La hora y media o dos horas de nuestra reunión, tocan a su fin. Paremonos a pedir al Señor que nos ayude a conservar el fuego de amor logrado durante la reunión de manera que informe toda nuestra vida, no solo el tiempo de la sesión de la Conferencia: todo nuestro tiempo. Encomendemonos a María, Madre de la Iglesia a través del Beato Federico Ozanam y San Vicente. Después, vayamos a inundar el mundo con el amor que, entre todos, hemos sido capaces de reflejar del Padre.

Llega, por último, la visita a los amigos en necesidad, el contacto personal con el que sufre. En pocas líneas decir que habrá de hacerse como decía un viejo consocio "a reloj parado". Es el encuentro como con nuestro pariente más querido. Sin prisas. Sin imposiciones. Con tolerancia. Respetando escrupulosamente su libertad de opción, aún cuando se equivoque²⁴. Vamos a intentar compartir con él, ayudarle, no a dirigir su vida. De la bondad con la que presentemos nuestras alternativas, de la atención, comprensión y cercanía que empleemos para aconsejarle, de la sinceridad que demostremos con nuestra entrega, dependerá que llegue a sentir con nosotros y a descubrir el fin último de toda la acción de las Conferencias: la santificación personal de los miembros y de los amigos en necesidad, cuyas cargas queremos compartir y hacemos nuestras.

Mis queridos amigos: desde el principio de los tiempos, con el Sacramento del Bautismo²⁵, se nos llama a la extensión de la Buena Nueva. A todos. No solamente a aquellos cristianos que han sido llamados a la consagración eclesial directa. En nuestra época, esta llamada se hace especialmente urgente. Si es urgente para todo el Pueblo de Dios, lo es particularmente para los que hemos adquirido un compromiso claro de entrega al servicio de los pobres. Hemos de predicar con el ejemplo de nuestros actos. Es verdad. Pero también hemos de acostumbrarnos a predicar a los hombres, de viva voz, que Dios les ama. La Santa Iglesia, necesita hoy especialmente, agentes de propagación del Evangelio²⁶. De hombres y mujeres, que lleven el mensaje de Cristo a los lugares de trabajo, de diversión, familiares, etc. Incorporando el mensaje a todos los actos de nuestra vida cotidiana.

Nuestros fundadores, aquel grupo de jóvenes que supo interpretar como nadie la herencia de Vicente de Paúl, nos dejaron al santo de los pobres como ejemplo de vida. En estos momentos, es especialmente interesante y necesario para los vicentinos en su servicio eclesial, recuperar la herencia misionera de San Vicente²⁷.

Commentaire [JRD1]:

Es la hora del compromiso de los seculares según nos recuerdan con frecuencia. Pero lo es de los seculares en comunidad. En grupos de ayuda mutua. No olvidemos potenciar esa riqueza fundamental de nuestra Institución. Además de riqueza, obliga a la actuación. Que cada día, cada vicentino, termine su jornada sabiendo que sin estridencia, sabiéndose indigno del mensaje que porta, en la más absoluta normalidad, con alegría, ha llevado a Dios, ha llevado la presencia del Hijo del Hombre, a cada uno de los lugares en los que ha permanecido.

Vuelvo los ojos a María, Ella que es nuestra Madre, consiga de nuestro Padre Celestial, que seamos capaces de servir bien y fielmente a los pobres, de acuerdo al ejemplo de Vicente de Paúl y Federico Ozanam

José Ramón Díaz-Torremocha
XIV Presidente General Internacional
ineD

¹ Representan ustedes una expresión evidente de la caridad que se realiza en todos los Continentes, el servicio a los pobres que es, como le gustaba decir a Monsieur Vincent, una manera de servir a Cristo. Por su entrega diaria, su asociación representa para la Iglesia un recuerdo permanente de su vocación a manifestar el amor de Cristo hacia los pobres. (Juan Pablo II en su mensaje a la Sociedad de San Vicente de 14 de abril de 2.001)

² El fin principal de la Sociedad es formar una agrupación o asociación de mutuo aliento para los jóvenes católicos, donde se encuentre amistad, apoyo, ejemplo, un sustitutivo de familia cristiana, en la cual se ha crecido..... Luego el lazo más fuerte es el principio de una verdadera amistad, es la caridad, y la caridad no puede existir sin expandirse hacia el exterior. (Beato Federico Ozanam, carta a L.Coumier de 4-11-1834)

³ Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo. No juzgueis y no sereis juzgados, no condeneis y no sereis condenados; perdonad y sereis perdonados. Dad y se os dará (Lc 6, 36-38)

⁴ Me aferro a la doctrina católica más que a la misma vida y por eso amo y sirvo a la Iglesia católica con todo mi corazón. (Beato Federico Ozanam)

⁵ Además de la formación espiritual, requiere una sólida preparación doctrinal teológica, moral, filosófica, según la diversidad de edad, condición y talento. No se descuide en modo alguno, la importancia de la cultura general unida a la formación práctica y técnica. (Vaticano II, Apostolado de los Seglares, 29)

⁶ El Evangelio, no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el trabajo de un pueblo sin la presencia activa de los seculares. (Vaticano II, Decreto sobre la actividad Misionera de la Iglesia, 21a)

⁷ dispuestos siempre a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os pida una explicación, pero con buenos modos y teniendo la conciencia limpia (1 Pe. 3,15)

⁸ El genero humano corre una misma suerte y no se diversifica ya en varias historias dispersas. El genero humano pasa así de una concepción más bien estática de la realidad a otra más dinámica y evolutiva, de donde surge un nuevo conjunto de problemas que exige nuevos análisis y nuevas síntesis. (Vaticano II, Constitución sobre la Iglesia en el mundo, 5 c)

⁹ Acordemonos, padres y hermanos míos, de que no se seguiremos esta felicidad este honor, si no nos esforzamos en conservar la santa unión que os hemos recomendado tanto; para eso, hay que emplear los medios que os hemos señalado, especialmente la estima y el respeto mutuo entre nosotros y sobre todo la santa humildad y la huida de toda crítica y maledicencia. (San Vicente de Paúl, Conferencia del 13 de diciembre de 1.658 a los Padres de la Misión)

¹⁰ Las instituciones, las leyes, las maneras de pensar y de sentir, heredadas del pasado, no siempre se adaptan bien al estado actual de las cosas. (Vaticano II, Constitución sobre la Iglesia en el Mundo, 7 b)

¹¹ Ofrecen (los laicos), su experiencia y asumen la responsabilidad en la dirección de estas organizaciones, en el examen diligente de las condiciones en que ha de ejercerse la acción pastoral de la Iglesia y en la elaboración y desarrollo del método de acción. (Vaticano II, Decreto sobre el Apostolado de los Laicos, 4 20b).

¹² Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. (Vaticano II, Constitución sobre la Iglesia en el mundo, 1)

¹³ La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. (Vaticano II Constitución sobre la Iglesia en el mundo, 11,a)

¹⁴ Hagamos crecer y multiplicar, hagamos lo posible por ser mejores, más tiernos y más fuertes, pues a medida que los días se juntan a los días, se ve al mal juntarse con el mal y la miseria con la miseria. (Beato Federizo Ozanam, carta a Bailly de 22 octubre 1836)

¹⁵ Vosotros, pues, sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto (Mt 5,48)

¹⁶ Sentíamos el deseo y la necesidad de mantener nuestra fe en medio de las acometidas efectuadas por las diversas escuelas de los falsos profetas. Entonces fue cuando nos dijimos ¡trabajemos!. Hagamos algo que esté conforme con nuestra fe. Pero ¿qué podríamos hacer para ser católicos de veras, sino consagrarnos a aquello que más agradaba a Dios?. Socorramos, pues, a nuestro prójimo como hacía Jesucristo y pongamos nuestra fe bajo las alas protectoras de la caridad. (Beato Federico Ozanam, Discurso a la Conferencia de Florencia 30 de enero de 1.853)

¹⁷ para que el espíritu de Jesucristo reine en ellas y les de la firmeza de la perseverancia en esta forma de vida (se refiere al servicio a los pobres) del todo espiritual, aunque se manifieste en continuas acciones exteriores que parecen bajas y despreciables a los ojos del mundo, pero que son grandes ante Dios (Santa Luisa de Marillac, carta a Sor Margarita Chetif de 10 enero 1.660)

¹⁸ Por eso las Conferencias que se ocupasen exclusivamente de los pobres, sin que los visitantes procuraran fomentar las relaciones de amistad cristiana y de fraternal afecto, no corresponderían a uno de los fines esenciales de la Obra. (Julio Gossin, III Presidente General de la S.S.V.P. Circular de 1-11-1847)

¹⁹ Los seglares, con el cultivo de la amistad cristiana, se ayudan mutuamente en todas las necesidades. (Vaticano II, Decreto sobre el Apostolado de los Seglares 4, f)

²⁰ Examinarse para descubrir nuestras ataduras, para romperlas. Realmente, hermanos míos, la eficacia de la oración debe tender a conocer bien nuestras inclinaciones y apegos. (San Vicente de Paúl, Conferencia sobre la indiferencia 16.05.1659)

²¹ La ciencia del bien social y de las reformas bienhechoras, no se aprende tanto inclinado sobre los libros o sentado al pie de la columna política, sino subiendo a los pisos de la casa del pobre, sentándose a su cabecera, sufriendo del frío que el sufre y compenetrándonos con el secreto de su corazón desolado y de su conciencia arruinada. Solamente cuando se ha estudiado así al pobre, en su casa, en el hospital, en el taller, en las ciudades, en los campos y en todas las condiciones en las que Dios le colocó, solamente entonces, armados con todos los elementos de tan formidable problema, empezamos a comprenderlo y podemos pensar en resolverlo. (Beato Federico Ozanam, L'Ere Nouvelle, 14 octubre 1848)

²² Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad, a los que se habían de salvar. (HCH 2,47)

²³ La colecta, asume un valor significativo, porque no se trata de dar de lo que nos es superfluo para tranquilizar la propia conciencia, sino de hacerse cargo con solidaria solicitud de la miseria presente en el mundo. Considerar el rostro doliente y las condiciones de sufrimiento de muchos hermanos y hermanas no puede no impulsar a compartir, al menos parte de los propios bienes con aquellos que se encuentran en dificultad. (Juan Pablo II Mensaje de Cuaresma del año 2001)

²⁴ Quien con obediencia a Cristo busca ante todo el reino de Dios, encuentra en este un amor más fuerte y más puro para ayudar a todos sus hermanos y para realizar la obra de la justicia bajo la inspiración de la caridad. (Vaticano II, Constitución sobre la Iglesia en el mundo 72b)

²⁵ Son fieles cristianos quienes incorporados a Cristo por el Bautismo, se integran en el Pueblo de Dios y, hechos partícipes a modo por esta razón de la función sacerdotal, profética y real de Cristo cada uno según su propia condición, son llamados a desempeñar la misión que Dios encomendó cumplir a la Iglesia en el mundo (Catecismo de la Iglesia, 871)

²⁶ Tal evangelización, (de los laicos), es decir, el anuncio de Cristo pregonado por el testimonio de la vida y por la palabra, adquiere una característica específica y una eficacia singular por el hecho de que se lleva a cabo en las condiciones comunes del mundo. (Vaticano II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia, 35 b)

²⁷ ¿No le parece que muchos obreros que permanecen ociosos podrían emplearse en la gran cosecha en que trabajan ahora y que los que conocen la necesidad que tiene el Señor de la mies de más obreros, serán culpables de la Sangre de su Hijo que dejan inútil por falta de aplicación? (San Vicente de Paúl, carta a un eclesiástico de 9-7-1633)